



ECONOMÍA

China y el comunismo hayekiano



BRANKO MILANOVIĆ

parece una contradicción en los términos, una paradoja. Pero no es así: solemos pensar en categorías puras cuando la vida es mucho más

compleja; las paradojas existen en el mundo real. China es realmente un país de comunismo hayekiano.

En ningún lugar como en China, creo, se celebra tan abiertamente la riqueza y el éxito material. Quizá sea consecuencia del 40º aniversario de la apertura, que es este año, pero sobre todo creo que tiene que ver con el éxito del mayor desarrollo económico de la historia. La televisión, los periódicos, las conferencias elogian a los emprendedores ricos. Su riqueza

y sus historias de superación, de pobres de necesidad a millonarios, se consideran ejemplos para todos. Ayn Rand se sentiría en casa en este clima. También Hayek: una cantidad increíble de energía y oportunidades se liberaron con los cambios que transformaron las vidas de 1.400 millones de personas, el doble que todos los países de la vieja UE de los 15 y Estados Unidos juntos. La población descubrió una información económica que era inaccesible o desconocida antes, ideó de manera schumpeteriana nuevas combinaciones de capital y trabajo y creó riqueza a una escala inimaginable (al menos inimaginable para cualquiera que observara China en 1978).

En un gran banquete en Pekín, nos presentaron historias de primera mano de cinco chinos capitalistas que empezaron de cero (*zilch!* ¡na-

da!) en los años ochenta y son multimillonarios hoy. Uno estuvo años en el campo durante la Revolución cultural, otro estuvo en prisión siete años por “especulación”, el tercero hizo su “aprendizaje” hacia el capitalismo, como dijo con sinceridad, engañando a gente en Asia oriental (“después aprendí que si realmente quería hacerme rico, no debía engañar; engañar es de perdedores”). Hayek habría escuchado estas historias embelesado. Y nada le habría gustado más que leer en el *Financial Times* que la sociedad marxista de la Universidad de Pekín fue disuelta por su apoyo a una huelga de trabajadores en la Zona Económica Especial de Shenzhen.

Pero aquí hay algo en lo que Hayek se equivocó. Estos éxitos personales (y sociales) se obtuvieron bajo el mandato de un partido único, el Partido Comunista de China. Celebrar la riqueza es algo natural para los marxistas. El desarrollo, la extensión de la educación, la igualdad de género, la urbanización y, por supuesto, un crecimiento mayor que bajo el capitalismo eran la lógica y las fuentes de legitimidad de las revo-

luciones comunistas del mundo menos desarrollado. Lenin así lo dijo; Trotski lo confirmó cuando hizo campaña por una industrialización a gran escala; Stalin lo implementó: “Estamos cincuenta o cien años por detrás de los países avanzados. Debemos reducir esa diferencia en diez años. O lo hacemos o nos machacarán.”

Recuerdo, cuando era un estudiante precoz en un instituto en Yugoslavia, cómo escaneaba los periódicos en busca de los indicadores del crecimiento industrial. Como Yugoslavia era entonces una de las economías que más rápido crecía en el mundo, me provocaba una gran decepción cuando la tasa de crecimiento mensual (anualizada) bajaba del 10%. Pensaba que 10% era la tasa de crecimiento normal en las economías comunistas: ¿por qué iba alguien a querer el comunismo si no era porque crece más rápido que el capitalismo?

Así que la celebración del crecimiento —nuevas carreteras, nuevos trenes ultrarrápidos, nuevos complejos residenciales, nuevas avenidas bien iluminadas y escuelas ordenadas— es algo natural en los comunistas. Y no lo es menos que para los emprendedores hayekianos. (Como ejercicio sobre esto, hay que leer las bellas memorias de Neruda, *Confieso que he vivido*, donde expone su enorme placer al ver las presas soviéticas.) La diferencia, sin embargo, es que los hayekianos celebran el éxito privado y eso ayuda a la sociedad a progresar; en el comunismo, el éxito supuestamente debía socializarse.

Pero esto no ocurrió. Los esfuerzos colectivistas funcionaron durante una o dos décadas, pero finalmente el crecimiento se estancó y los esfuerzos flaquearon. Reinó entonces el cinismo. China quedó a merced de Deng Xiaoping, que se topó (por usar la frase inmortal de Adam Ferguson) con una combinación en la que se mantendría el control del partido comunista, pero se daría total libertad de acción y se elogiaría socialmente a los individuos capitalistas. Trabajarían,

se enriquecerían, enriquecerían a muchos otros por el camino, pero el partido comunista seguiría manejando con firmeza las riendas del poder político. Los capitalistas proferían del motor y el combustible, pero el partido seguiría manejando el timón.

¿Sería mejor si el poder político estuviera también en manos de los capitalistas? Es cuestionable. Quizá lo hubieran usado para recrear el gobierno de Nanjing en los años treinta, sobornable, débil e incompetente. No trabajarían duro y habrían usado su poder político para mantener sus privilegios económicos. Es uno de los problemas clave del capitalismo estadounidense hoy, que los ricos controlan cada vez más el proceso político y por lo tanto distorsionan los incentivos económicos y fomentan la creación y preservación de monopolios en vez de la producción y la competencia. Probablemente, algo mucho peor habría ocurrido en China. Precisamente porque la esfera política estaba aislada casi por completo de la esfera económica, los capitalistas podían centrarse en la producción y estar todo lo lejos posible de la política (porque el partido está expuesto a una creciente corrupción).

¿Cómo se topó China con esta combinación? Quizá haya muchas razones, como una tradición milenaria de gobierno a través de burocracias imperiales, o una alianza histórica —aunque se enmarañó— entre el Partido Comunista y el partido KMT de Yat-Sen [el partido nacionalista chino], pero uno no puede dejar de preguntarse si esto podría haber ocurrido en otro lugar también. Quizá sí. La Nueva Política Económica de Lenin no era muy diferente de las políticas chinas de los ochenta. Pero Lenin vio la NDP como una concesión temporal a los capitalistas, porque creía que el socialismo era más progresista y por lo tanto podía generar mayor crecimiento de una manera “científica”. Quizá fueron solo los errores del Gran Salto Adelante y el caos de la Revolución Cultural lo que

hicieron que los chinos escarmentaran y convencieran a Deng y otros de que la iniciativa privada era más “progresista” que la planificación social y las empresas estatales. Lenin no pudo ver esto. Era demasiado pronto.

También me pregunto lo que Stalin habría hecho con China. Probablemente le habría alegrado ver que su nombre está todavía consagrado en el panteón oficial. (En una librería grande en el centro de Pekín, la primera estantería de libros son traducciones de clásicos marxistas: el propio Marx, Engels, Lenin... y Stalin. Muy poca gente les hace caso. La siguiente estantería tiene libros sobre gestión de la riqueza, economía y finanzas, inversiones en bolsa, que son mucho más populares.) A Stalin le habría impresionado el crecimiento chino; el poder tan extenso del Estado y el país (claramente, ya no es un país al que hubiera podido enviar a sus asesores para ayudarles en el avance tecnológico), la capacidad del partido de controlar de una manera muy sofisticada y discreta el comportamiento de la población.

A Stalin le habría encantado el éxito económico y el poder militar que conlleva, pero le habría sorprendido la riqueza privada. Es difícil imaginarse a Stalin coexistiendo con Jack Ma. La reacción de Hayek habría sido la opuesta: habría elogiado su defensa de que el orden espontáneo del mercado debía reivindicarse de la manera más enfática, pero no habría llegado a comprender que esto solo es posible bajo el gobierno de un partido comunista.

Ninguno habría quedado indiferente ante el mayor éxito económico de la historia. Y ninguno habría llegado a comprenderlo del todo. —

*Publicado originalmente en el blog del autor: glineq.blogspot.com
Traducción de Ricardo Dudda*

BRANKO MILANOVIC es economista y profesor en la City University of New York. Es autor de *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización* (FCE, 2017).



POLÍTICA

Identidad: mentiras que unen

L

DANIEL
GASCÓN

a identidad es uno de los asuntos más debatidos de nuestro tiempo. Se emplea como reivindicación política y condición que determina nuestra forma

de ver el mundo. Para algunos, es algo fluido, cambiante y contradictorio; para otros, es el elemento decisivo, innegociable. Algunos, desde la izquierda, consideran que el protagonismo de la política de la identidad es contraproducente: fragmenta el electorado y dificulta la victoria de los partidos progresistas que una vez en el poder podrían defender a las minorías. Para otros, esta lectura es una muestra de falta de interés por los problemas de esos grupos.

The lies that bind. Creed, country, color, class, culture, del filósofo Kwame Anthony Appiah, nace de las Reith Lectures que el autor impartió en la BBC. La traducción del libro al castellano saldrá en Taurus en 2019. Es una aproximación filosófica, pero a veces también autobiográfica. La vida del autor produce una identidad compleja y rica: es ghanés, homosexual, hijo de una inglesa y de un hombre perteneciente a la etnia asante, oriundo de una zona que era parte de la Costa del

Oro y ahora de Ghana. Su trayectoria profesional se ha desarrollado en universidades anglosajonas de primera fila, y ha reflexionado sobre conceptos como cosmopolitismo y pertenencia. “Durante buena parte de mi vida, tres rasgos han sido los más importantes cuando conocía a alguien por primera vez: soy un hombre, no soy blanco y hablo lo que se solía denominar el inglés de la reina.”

El tono del libro es calmado, reflexivo, con el aire de una agradable conversación, pero la tesis es contundente: “Estamos viviendo con los legados de maneras de pensar que asumieron su forma moderna en el siglo XIX, y es hora de someterlas a las mejores formas de pensar del XXI.”

La idea central del volumen es una refutación del esencialismo. Las identidades varían a lo largo de la historia; se ven de forma distinta; son en buena medida compuestas. Y dentro de lo que englobamos como una misma identidad existen también muchas diferencias. Nos separan y enfrentan unos a otros, pero también ayudan a cooperar: por eso son las mentiras que unen.

La identidad social permite “clasificar” a un individuo. Las identidades llegan “con etiquetas e ideas sobre por qué y a quién se le deberían aplicar. En segundo lugar, tu iden-

idad da forma a las ideas sobre cómo deberías comportarte; en tercer lugar, afecta a la manera en que otra gente te trata. Finalmente, todas estas dimensiones de identidad son discutibles, siempre pueden debatirse: quién está dentro, cómo son, cómo deberían comportarse y tratarse”.

La identidad permite hacer observaciones genéricas sobre la gente, y las observaciones negativas o inquietantes sobre grupos son más verosímiles. Appiah habla de un círculo vicioso: “Es más probable que esencialicemos grupos sobre los que tenemos ideas negativas; y más probable que tengamos ideas negativas sobre grupos que hemos esencializado.” A esta tendencia al esencialismo se añade una propensión a la tribu: los humanos, por razones evolutivas, tenemos tendencias tribales “y cada uno de nosotros tiene un *habitus* al que dan forma nuestras variadas identidades”.

Aunque pensamos en la religión como un conjunto de creencias espirituales, es mucho más que eso. Una forma de verlo es que un ateo judío no piensa como un ateo católico. Los seres humanos somos propensos a establecer nuevas comunidades religiosas, y definimos la nuestra por contraste. Un chiste que repite Appiah puede ayudar a entender-



lo: un judío naufraga y llega a una isla desierta. Construye durante décadas tres edificios. Cuando lo rescatan, le preguntan qué son: “Esta es mi casa. Esta es la sinagoga a la que voy. Y esta es la sinagoga a la que no voy.”

Las reflexiones sobre las escrituras y sobre el malentendido que supone considerar que son lo central en una religión y que producen interpretaciones fijas son particularmente interesantes: muestran ambigüedades en mandatos acerca de la dieta, del adulterio o de la homosexualidad en distintas tradiciones. Precisamente, la ambigüedad y su posibilidad de generar distintas interpretaciones es lo que permite que sobrevivan. Appiah apunta también a la naturaleza paradójica del fundamentalismo: venera viejos textos, pero es una reacción a la modernidad, que responde a la conciencia de que hay otras religiones, grandes diferencias espirituales —por tanto, a una preocupación por la identidad que se extiende de manera global— y a la alfabetización —que permite el acceso a los textos sagrados sin intermediarios—. El autor se opone al “determinismo escritural”, algo que, explica, impulsan tanto los fundamentalistas islámicos como quienes atacan el islam desde fuera. Muchas prácticas dependen de estructuras ins-

titucionales: la Torá prescribe la lapidación para los adúlteros, pero ya no se defiende la imposición. El fundamentalista y el crítico comparten a menudo una visión ahistórica. Todos (fundamentalistas y no fundamentalistas) recibimos la influencia de los antepasados: Appiah defiende pensar en las identidades religiosas en términos de prácticas y comunidades mutables, y no creencias inmutables. Y nosotros no solo heredamos tradiciones; futuros ancestros, también las creamos.

La historia de su padre le sirve para ejemplificar una observación de Renan: “Olvidar y, diría, el error histórico, es un elemento esencial en la creación de una nación.”

Para algunos, la identidad es algo fluido, cambiante y contradictorio; para otros, es el elemento decisivo, innegociable.

Las naciones son inventadas y además se reinventan. Renan hablaba del “plebiscito diario”: “lo que nos convierte en un pueblo es un compromiso de gobernar una vida común juntos”, explica Appiah, que señala que la nación supone un desafío formidable para la democracia liberal. Esta depende de un credo cívico potente y delgado al mismo tiempo: “lo bastante potente como para dar sentido a la ciudadanía, lo bastante delgado como para que lo comparta gente con distintas afiliaciones étnicas y religiosas”. “El Estado romántico reúne a sus ciudadanos con un grito conmovedor: ¡Un solo pueblo! El verdadero himno del Estado liberal es: podemos encontrar una solución.” Appiah defiende sus convicciones frente a la ola de nacionalismo que recorre Europa, y niega que debamos aceptar la elección obligatoria entre globalismo y patriotismo. “Las unidades que creamos funcionan mejor cuando afrontamos la compleja realidad de nuestras diferencias.”

Para hablar de la raza, Appiah altera reflexiones generales con la historia de Anton Wilhelm Amo, trasladado desde la Costa de Oro a Ámsterdam a los siete años en 1707, que sería el primer africano negro que se doctoró en filosofía en Europa. Su historia, dice Appiah, no se veía entonces como la vemos ahora: bajo el prisma de la raza. Con los descubrimientos científicos de los siglos XVIII y XIX se extendió una nueva idea de la raza, con tres aspectos decisivos: que la raza explicaba muchos aspectos de los seres humanos individuales; que la naturaleza compartida de una raza era visible en cada uno de sus miembros: expresaba su naturaleza; que una esencia racial que explica nuestra potencialidad física y mental se hereda biológicamente. (Modelos del pensamiento ilustrado incurrieron en estas formas de pensar: que alguien fuera negro de la cabeza a los pies era la prueba clara de que era estúpido, según Kant.) Los descubrimientos científicos han refutado estas ideas. Pero antes también argumentos pseudocientíficos se usaron para legitimar el racismo.

En la era contemporánea la raza ha producido una espantosa cantidad de víctimas: desde el primer genocidio del siglo XX, la masacre de los herero y namakua por los alemanes en lo que ahora es Namibia, pasando por el genocidio armenio, el Holocausto o Ruanda en los noventa aunque, como señala, otros crímenes espantosos obedecieron a razones de ideología y religión y no a la raza.

Sobre la clase (que explica de la mano de la biografía del sociólogo Michael Young) Appiah dice que opera de otro modo: si bien tendemos a exagerar las continuidades de religión y nación, en el caso de la clase las continuidades son mucho mayores de lo que normalmente creemos. Presenta numerosas dificultades, como encontrar una definición satisfactoria. Otro de los problemas es aislarla: no podemos medir la clase por los impuestos que pague alguien. No todo se explica por el dinero; pero tam-

poco por la posición. Está vinculada al estatus, pero también a la riqueza. A veces hay cierta reticencia a emplear el término, se prefiere estatus socioeconómico a clase, pero es “como un niño que esconde las espinacas en una servilleta”. Muestra con cierto detalle elementos de la clase en varias culturas, así como la vida del gran igualitario Michael Young, que al final entró en la aristocracia, explica, porque necesitaba el dinero.

La cultura exige separar entre dos concepciones: una noción más elitista, ejemplificada en Matthew Arnold, que pensaba que era una “búsqueda de nuestra perfección total por el proceso de llegar a conocer, en los asuntos que más nos importan, lo mejor que se ha pensado y dicho en el mundo”, y Edward Burnett Tylor, defensor de una noción antropológica que incluye “el conocimiento, la creencia, moral, ley y costumbre y cualquier otra capacidad y hábitos alcanzados por el hombre como miembro de la sociedad”. La arbitrariedad del referente geográfico de la cultura complica más la interpretación: la cultura occidental sería una idea muy buena, dice Appiah que dicen que dijo Gandhi; pero en todo caso el Occidente del que hablamos cambia según el contexto. No es el mismo el de Kipling que el de la Guerra Fría; ahora podría parecer un eufemismo para blanco. La historia de conflictos (por ejemplo, la invasión musulmana de la Península Ibérica) es decisiva para que se hable de europeos: la primera referencia es de una crónica del 754, escrita en España, que hablando de la batalla de Tours describe la victoria de los *Europenses*. El objetivo era diferenciarlos de los musulmanes. Estos cristianos, por supuesto, habían heredado muchas ideas de las sociedades paganas precedentes: una idea persistente es la herencia grecorromana, como una especie de pepita de oro, que va pasando de mano en mano. Esta historia, presentada como algo puramente occidental o cristiano, es una

falsedad: omite por ejemplo los estudios de la filosofía y la ciencia griega en el mundo musulmán de la Edad Media. Las fronteras, como ocurría con el caso de la nación, eran confusas. El problema, de nuevo, es el esencialismo: las escrituras determinando una naturaleza inmóvil en la religión; la nación unida en el tiempo por la lengua y las costumbres, una unidad racial compartida por todos; la idea de una esencia de una clase. Los objetos y prácticas culturales son móviles, dice Appiah, por eso debemos resistir el término “apropiación cultural” como acusación.

En la última parte de este libro inteligente y sutil, ligero y a la vez lleno de apreciaciones perspicaces, Appiah señala que ha vivido un gran cambio en cuestiones de raza y género, sin las que no habría podido vivir su vida de hombre gay, casado con otro hombre y teniendo una vida pública y privada con él. Que las identidades se escojan libremente es una fantasía liberal, pero estas solo funcionan porque nos exigen cosas y porque los demás, al ver quiénes creemos que somos, también nos piden cosas. Pueden ser opresivas, “errores conceptuales que subrayan errores morales”. Pero también, sostiene, pueden dar contornos a nuestra libertad: es lo que han hecho las luchas de la clase trabajadora, del feminismo o de la comunidad LGBTQ. Vemos que nuestras vidas se entienden en escalas pequeñas, pero también a la mayor escala posible. En ese sentido, el impulso cosmopolita que se basa en nuestra humanidad común ya no es un lujo. Se ha convertido en una necesidad, que Appiah relaciona con una vieja frase de Terencio (“un esclavo de África del norte, un intérprete latino de comedias griegas, un escritor de la Europa clásica que se llamaba, como Anton Wilhelm Amo, ‘el africano’”): Soy humano, nada humano me es ajeno. —

DANIEL GASCÓN (Zaragoza, 1981) es escritor y editor de *Letras Libres* España. Este año ha publicado *El golpe posmoderno* (Debate).

AGENDA

NO VIEM BRE



CONCIERTO RYLEY WALKER DE GIRA

El guitarrista y cantante estadounidense visita el 19 Barcelona, el 20 Madrid, el 21 Sevilla y el 24 San Sebastián.

EXPOSICIÓN MÁS ALLÁ DE 2001: UNA ODISEA DEL ESPACIO

Del 31 de octubre al 17 de febrero, el Espacio Fundación Telefónica de Madrid presenta una exposición sobre el futuro de la inteligencia artificial a partir de la película de Stanley Kubrick.

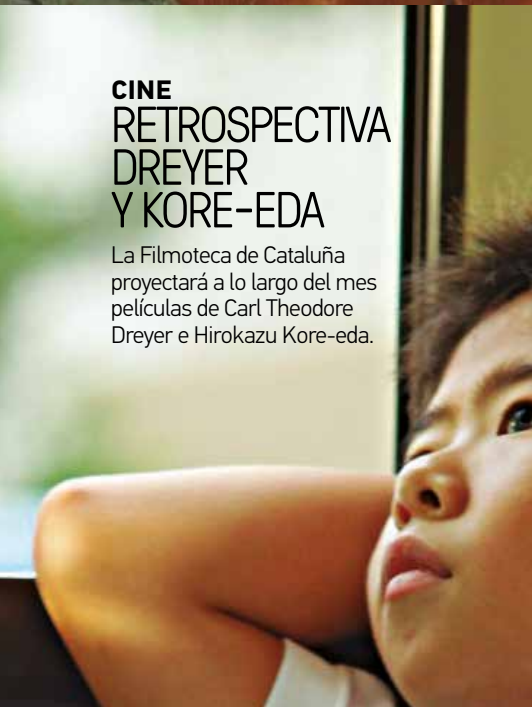
EXPOSICIÓN VELAZQUEZ Y EL SIGLO DE ORO

El CaixaForum de Barcelona expone, del 16 de noviembre al 3 de marzo, obras del pintor sevillano y de otros grandes artistas relacionados con él.



CINE RETROSPECTIVA DREYER Y KORE-EDA

La Filmoteca de Cataluña proyectará a lo largo del mes películas de Carl Theodore Dreyer e Hirokazu Kore-eda.



CINE

Toronto 2018: el cine antes que la ideología

Fotograma: Dogman de Matteo Garrone



**FERNANDA
SOLÓRZANO**

ada año asisto al Festival Internacional de Cine de Toronto (TIFF) y hago una selección de títulos memorables. Bajo riesgo de ser redundante, recuerdo al lector por qué es un festival peculiar: pertenece a la llamada “Categoría A” –junto con Sundance, Berlín, Cannes y Venecia– pero, al no ser competitivo, funciona más como escaparate que como guardián de un canon. Para muchos, esa es su mayor ventaja: el TIFF recoge las cintas notables

de esos festivales –tanto las premiadas como las consideradas campeonas sin corona–, incluye otras de perfil diverso y ofrece un panorama del cine que pronto llegará a cartelera.

Lo que era solo un atributo conveniente ahora se vislumbra como tabla de salvación. En tiempos en los que la conversación cultural se ve amenazada por el puritanismo ideológico, el TIFF podría convertirse en refugio de directores que no quieren exponer su obra al rechazo de programadores y directores que temen incluir películas *ofensivas* (lo que pondría en riesgo sus puestos o haría perder patrocinadores al festival). La migración ya comenzó: este año, el británico

Steve McQueen eligió TIFF para entrenar *Widows* —un *thriller* cargado de comentarios sobre raza y género— por el carácter “amigable” del evento. Otros directores no hicieron públicas sus razones, pero igual expresaron su reticencia a concursar en Cannes y Venecia, donde las lecturas sesgadas a sus películas acaban anulando los posibles beneficios de un premio.

Un solo hecho describe la integridad del TIFF, es decir, su interés en las películas por encima de las agendas. Hace un año, el festival tuvo la *première* de *I love you, daddy*, dirigida por Louis C. K. Antes de la proyección, el director artístico del festival, Cameron Bailey, conversó con el director y expuso su entusiasmo personal hacia la película. Lo que siguió es historia: el comediante cayó en desgracia, y *I love you, daddy* no vio la luz a pesar de que esa noche fue coronada por la ovación de más de mil asistentes (fui testigo). A contracorriente de lo que sucede cada vez con más frecuencia, Bailey jamás negó haber elogiado la cinta ni pidió disculpas públicas por haber alojado su *première*. Lo más importante, conserva su puesto en el festival.

Como en años anteriores, comparto con el lector una lista comentada de las películas que, este año, sobresalieron en el TIFF (excluyo las mexicanas, que comentaré con detalle). La mayoría en la lista tendrá exhibición comercial. De no ser así, vale la pena rastrearlas.

Burning, de Lee Chang-dong

Un tímido aspirante a escritor conoce a chica misteriosa. Él se enamora en silencio y ella empaña sus ilusiones con un tercero en discordia: un joven rico y seductor, que dice disfrutar incendiando invernaderos ajenos. Basada en un cuento de Haruki Murakami, *Burning* evoca a *El gran Gatsby* y, en otros sentidos, es un homenaje a la imaginación literaria: puede que el supuesto crimen sea invención del protagonista. Sin que ello diluya el

suspense, Chang-dong crea una atmósfera propicia para la ensoñación.

American dharma, de Errol Morris

Uno de los mejores documentalistas vivos conversa con Steve Bannon, el siniestro exestratega de la administración Trump: lo confronta con su pulsión destructiva y le pide que interprete fragmentos de sus películas favoritas (entre ellas, *Los buscadores*). Queda claro que la astucia de Bannon para manipular medios rebasa la de cualquiera y, a la vez, que no puede sostener ideas sin caer en contradicción. Cuando *American dharma* se estrenó en Venecia, la prensa reprochó a Morris “normalizar” a Bannon. Como prueba el documental, justo esa proclividad a negar la realidad incómoda permite a los Bannons del mundo hacerse del poder.

Climax, de Gaspar Noé

Tras la brillante *Irreversible*, uno de los representantes del nuevo extremismo francés se engolosinó con el factor *shock*. Con *Climax*, Noé vuelve a tomar las riendas. Basada en hechos reales, narra el *malviaje* de un grupo de bailarines que, sin saberlo, consume ponche contaminado de LSD. El genio es la puesta en escena que describe el descenso al infierno de sus protagonistas a través de una toma larga (la cinta tiene solo seis cortes) y hábilmente coreografiada. La música nunca cesa y externa las percepciones oscuras de los personajes. Como DJ perverso, Noé conduce al público por un laberinto de horror.

Girl, de Lukas Dhont

Ganadora de la Cámara de Oro a la mejor ópera prima en la pasada edición de Cannes, la historia de una adolescente transgénero es una lección de economía narrativa. Lara, de quince años, estudia en una prestigiosa academia de *ballet*. Autoexigente como bailarina, siente además frustración por la lentitud de los efectos del tratamiento hormonal. Sin embargo, esconde sus emociones detrás

de un semblante apacible. Con imágenes más que con diálogos, Dhont hace partícipe al espectador de la desesperación que lleva a la protagonista a tomar una decisión brutal.

Meeting Gorbachev, de Werner Herzog y André Singer

El diálogo entre el documentalista alemán y el último presidente de la URSS hace añorar los tiempos en los que el líder de una potencia se guiaba por principios nobles. Un portento de estoicismo ruso, Gorbachov analiza sin autocomplacencia los efectos de la perestroika y solo flaquea al recordar a su esposa Raisa. Herzog matiza el encuentro con momentos ligeros —le regala al político un pastel para diabéticos— y comenta la miopía histórica con escenas invaluable: el pie-taje de un noticiero vienés del día en que cayó la Cortina de Hierro entre Austria y Hungría, y que tuvo como principal segmento un reportaje sobre cómo matar las babosas del jardín.

Destroyer, de Karyn Kusama

Pocas cosas arriesgan tanto la credibilidad de una historia como elegir a una actriz de aspecto imaculado para interpretar a una mujer arrasada por la adicción, el crimen, la vida. *Destroyer* libra el reto con una Nicole Kidman casi irreconocible en el rol de una detective que utiliza su resentimiento para atrapar a una banda de criminales. El guion es implacable: presenta a su protagonista como un misterio en sí misma y confía en la destreza deductiva del espectador.

Shoplifters, de Hirokazu Kore-eda

Tras dos décadas de narrar historias en torno a familias, Kore-eda lanza una tesis casi a contracorriente: los vínculos sanguíneos no garantizan amor. Con la transparencia distintiva de su cine, Kore-eda presenta a un grupo de rechazados que funciona como clan. Sus formas de supervivencia están lejos de ser ideales, pero la crítica de Kore-eda se dirige hacia los sistemas legales que estigmatizan

a los individuos. Cuando *Shoplifters* obtuvo la pasada Palma de Oro en Cannes, nadie tuvo nada qué objetar.

Beautiful boy, de Felix van Groeningen

Las cintas sobre casos reales de desintegración familiar suelen tener una estructura plana y un tono de adoctrinamiento. En su adaptación de los libros del periodista David Sheff sobre la adicción de su hijo a la metadona, el belga Van Groeningen libró este riesgo con una línea temporal que espejea los ciclos de abstinencia y recaída. Es notable el trabajo de Steve Carell; su interpretación de Sheff deja claro que la obsesión por salvar a un adicto es en sí misma una droga dura.

Dogman, de Matteo Garrone

Una fábula canina con la mafia italiana de fondo. *Dogman* narra la historia de un peluquero de perros que vende cocaína —y que comparte atributos con sus clientes de cuatro patas—. Por un lado, sabe apaciguar a su comprador más rabioso, un delincuente violento. Por el otro, lo considera su amigo, deja que lo maltrate y paga culpas por él. Por encarnar esa virtud perruna —la incondicionalidad absoluta— Marcello Fonte recibió en Cannes el premio al mejor actor. En el mismo festival, el reparto canino obtuvo el premio Palm Dog.

In fabric, de Peter Strickland

Devoto del cine de explotación europeo de los sesenta y setenta, Strickland revive esa estética en fábulas inquietantes e hipnóticas. La más reciente tiene como protagonista a un vestido color “rojo arteria” que carga una maldición. Proveniente de una tienda atendida por mujeres con aspecto de maniqués góticos, la prenda destruirá la vida de sucesivas clientas. De texturas envolventes y con sentido del humor *campy*, *In fabric* iguala el consumismo a un rito sacrificial. —

FERNANDA SOLÓRZANO es crítica de cine, ensayista y autora de *Misterios de la sala oscura* (Taurus, 2017).

POP

Funko Town



RODRIGO FRESÁN

En 1963, el cada vez más visionario y anticipador de nuestro presente Philip K. Dick publicó uno de sus mejores cuentos: “Los días de Perky Pat”. Allí,

los sobrevivientes de una guerra mundial termonuclear habitan en búnkeres californianos alimentándose de lo que les envían desde las colonias de Marte y matando el tiempo para no matarse jugando con unos muñequitos marca Perky Pat que les permiten evocar cómo eran las cosas antes de que todo volara por el aire radioactivo. Los adultos que conocieron un “mundo mejor” son adictos y enganchados al juego, mientras que sus hijos los observan con una mezcla de pena y desprecio. Dick llevó la cuestión aún más lejos dos años después en una de sus mejores novelas —*Los tres estigmas de Palmer Eldritch*— donde los Perky Pat se combinan con la ingestión de una droga ilegal, Can-D, que permite a los viajeros espaciales hacer menos tediosa la travesía y trasplantar sus conciencias a los muñequitos para así acabar creando una especie de culto pseudorreligioso en el que se han difuminado las fronteras entre juguete y jugador. La ética y estética de la serie *Black mirror*; la reciente noticia verdadera de que se ha denunciado una línea de ositos de peluche que grababan a niños y padres para destilar un codiciado y codicioso logaritmo de gustos y apetencias a partir de lo registrado; así como *Kentukis*, la reciente novela de Samanta Schweblin, no han hecho otra cosa que seguir el camino hacia la Tierra Comprometida que —tal vez de manera muy consciente— Dick no llegó

a ver ni a vivir porque ya la veía y vivía dentro de su mente. Y habiéndolo visto todo optó por cerrar los ojos en 1982, en el momento exacto en que nuestro planeta comenzaba a parecerse al suyo.

Pensaba en todo esto días atrás, cuando iba rumbo al llamado Triángulo Friqui de Barcelona (un mapa creciente de tiendas de coleccionismo y “vicio y subcultura”) para ver si habían llegado nuevos modelos de Funko Pop. Mi hijo y yo llevamos ya demasiado tiempo buscando el Georgie Denbrough de *It* de Stephen King. No el Georgie sosteniendo un barquito de papel (fácil de conseguir en todas partes), sino el Georgie con su bracito recién cortado a mordiscos por el siniestro payaso Pennywise (del que hay, también, varios modelos; nunca hemos encontrado el que tiene el pelo sobre su rostro).

Me explico: la Funko es una compañía casi doméstica fundada en 1998, vendida a un gran capitalista en 2005 y que ofrece otros varios productos, pero que, desde 2011, ha encontrado un verdadero filón con estos muñequitos. Y estos se venden bajo el incontestable lema de “Todos son fans de algo”. Y, así, lo que hace la Funko aquí es nutrirse aléfrica y tlönísticamente de toda *franchise* o fenómeno pop —Marvel y DC, *Twin Peaks* y *Stranger things*, *Los Simpson* y la Disney y todo lo que se puedan imaginar llegando también a héroes del rock y de los deportes y, por supuesto, a los Padres Mayores que son Chucky y Annabelle— y, sí, *funkizarlo*. En pequeñas efigies que siguen los dictados del caricaturismo clásico (la cabeza más grande que el cuerpo), pero reduciendo toda particularidad a una síntesis *funkoide* universal. Así, el método es tan sencillo como inquietante: hacer que todo el mundo quepa y se vea obligado a entrar dentro de los parámetros del Mondo Funko. Con esos ojos redondos, tan funkio, y como los de los consumidores en serie de píldoras de colores que te lentifican o aceleran.

Y, sí, los Funko Pop son bonitos de mirar, agradables de sostener, gracio-

sos de comentar y dotados de un humor muy negro (abundan los detalles sangrientos y escatológicos, como puede comprobarse en su versión de *Carrie* o de la niña de *El exorcista*) y están hechos de ese material del deseo milenarista que es el vinilo. Y —detalle más que importante— son muy económicos, a diferencia de otras modas de lo coleccionable. (Aunque, perversamente, la Funko lance modelos especiales o exclusivos de convenciones como la Comic-Con o de ciertas tiendas como Target, y retire otros de circulación —*vaulted*, es el lovecraftiano término que utilizan y, sí, hay un Funko Pop de Cthulhu— para que el valor aumente en ocasiones hasta alcanzar precios preocupantes; y, atención, los vendedores locales de los Funko Pop me confían que, no importa mucho lo que pidan, nunca están del todo seguros en cuanto a lo que les enviará la compañía.)

Y los Funko son, por encima de todo, sí, *muy* adictivos. Tienes uno y quieres otro (yo tengo el Fredo de *El padrino*, una muy bonita Laura Palmer envuelta en plástico y el esquelético y traicionero Emilio de La Cruz de *Coco*, tan parecido a esos dibujos de José Guadalupe Posada que me fascinan desde mi infancia; mi hijo tiene muchos más con una especial dedicación a los de *Rick y Morty*, dibujo animado cuyas tramas psicotónicas habrían hecho las delicias del ya varias veces aquí mencionado Dick). Y desde el *site* de la Funko se potencia aún más el síntoma con el uso del Randomizer: una aplicación que te permite construir virtualmente y online un Funko Pop a tu gusto y medida mezclando partes de otros Funko Pop (que, detalle importante, son de una pieza e imposibles de desmontar); y así ya andan circulando por ahí imágenes muy logradas de Funko Pops de Bob Dylan (quien no habrá dado autorización, pero ya la dará) y hasta uno de Mariano Rajoy sosteniendo en su manito un sobre con la letra B.

Más allá de lo novedoso, lo interesante aquí es lo que nunca pasa: porque —de manera apenas sublimi-

nal— lo que los Funko Pop proponen y hasta dictaminan es volver a reflexionar acerca de qué es lo que, en verdad, resulta digno de ser recordado y lo que se desea inolvidable. La respuesta parece ser cada vez más cosas, pero ser cada vez menos tiempo guardadas en la memoria.

No hace mucho pasé por un negocio que ofrecía *muñequizarte* a escala a partir de una foto que le llevases. En el escaparate se ofrecían varios ejemplos de la maniobra y lo cierto es que no me parecieron muy logrados. La tienda ya no está allí pero algo me dice que falta menos —falta muy poco— para que la Funko te ofrezca ser uno de ellos.

Mientras tanto y hasta entonces queda seguir coleccionando —ese impulso del que hay registros ya en el Antiguo Egipto y que te puede convertir, según los psicólogos y sociólogos, en alguien felizmente disciplinado o insatisfechamente obsesivo— y allá vamos y aquí estamos.

Y no: no hemos encontrado el Georgie des/brazado; pero mi hijo me señala, lanzando una carcajada cruel, el Funko Pop del peor mejor arqueólogo, David de Gea. Solo y en un rincón. Tan lejos del Batman fosforescente y del de las mellizas Grady de *El resplandor* en carísima versión *Chase* (no vivas y rozagantes sino de un gris cadáver y recién asesinadas por su Papi) y del de Kurt Cobain. Ahora, seguro, nadie lo quiere a De Gea. Pero de aquí a unos años tal vez valga mucho.

Mientras tanto y hasta entonces, en marzo de este año, la Funko Pop anunció el lanzamiento de una marca propia de cereales cuyas cajas incluirán pequeños muñequitos coleccionables. Es decir: los Funko Pop, de algún modo, serán ya parte de nuestra alimentación diaria, vamos a masticarlos y a digerirlos y a volverlos parte de nuestros cuerpos.

Y ya saben cómo sigue.

Y, si no lo saben, sepan que Philip K. Dick siempre lo supo. —

RODRIGO FRESÁN es escritor. En 2017 publicó *La parte soñada* (Literatura Random House).



CINE

El jardín del polaco



VICENTE MOLINA FOIX

n el tiempo de las demarcaciones territoriales y los pronunciamientos identitarios, pero también en el tiempo de la comunicación universal y el

vuelco entre realidad y suceso, interesa ver su reflejo en el cine, que es el arte sin domicilio, sin lengua única, sin natalidad personificada. ¿Viaja el cine igual de mal de lo que, según los enólogos más expertos, viajan los mejores vinos? Un día después de saber que la entre nosotros tan ponderada *El reino* pasó muy desapercibida a los extranjeros presentes en el festival de San Sebastián y fue totalmente ignorada por la mayoría de miembros de su jurado, la vi en la primera sesión de los cines Verdi de Madrid, viendo cuatro horas más tarde, en el último pase de los Renoir Retiro, *Todos lo saben*, la película española de Asghar Farhadi. Soy de la opinión que el trepidante *thriller*



político de Rodrigo Sorogoyen ha de atraer principalmente a los que ya conocen lo que el filme cuenta y buscan en la gran pantalla la confirmación dramática (muy bien resuelta por sus actores, en especial los secundarios) de lo que todos los ciudadanos hemos leído en la prensa y visto en los telediaros; se trata, pues, de un cine español de rabiosa actualidad destinado al desahogo moral (o visceral) de los espectadores españoles más enrabiados.

En esa tesitura me pregunto para quién y por qué el famoso y justamente premiado cineasta iraní —más allá del cumplimiento de un encargo que no sería el único sobre su mesa de trabajo— ha hecho este melodrama rústico con toques sociales y diálogos tan anodinos como prolijos, exquisitamente manufacturado por profesionales de primera categoría. Desubicado a menudo (la alargada secuencia de la boda se diría propia de un filme nacional programable en *Cine de barrio*), Farhadi da la impresión de tocar de oído una partitura pobre de trama y de melodía (aunque hay arias de lucimiento muy bien aprovechadas por Penélope Cruz y Bárbara Lennie) que el gran director no acierta a concertar. Con una duración de 132 minutos, la impresión que deja *Todos lo saben* es que hay poca película, consiguiendo la rara deficiencia de re-

sultar sabida y postiza a la vez. En casos así uno piensa en Almodóvar, que siempre se ha negado con inteligencia a realizar los proyectos golosos que le ofrecían en Hollywood, o en Francia, o donde él quisiera.

Pawel Pawlikowski es un polaco nacido en 1957 que a los catorce años acompañó a su madre bailarina en una huida a Inglaterra, donde estudió literatura y filosofía en Oxford antes de iniciar una carrera de documentalista prestigioso. *Last resort* (2000), que no he visto, fue su primera incursión en un registro de la ficción que ya anunciaba su proclividad a los territorios mixtos de la actualidad política y el peso histórico, en los que el fanático sectarismo del contexto actúa como contrapunto de la voluntad necesaria para sus protagonistas de infringir normas, aun sabiendo el peligro que eso conlleva. Hablamos en estas páginas hace más de cuatro años (en el número 153) de la inolvidable *Ida*, que significó en 2013 su retorno a Polonia, donde vuelve a situar la acción de *Cold war*, manteniendo la imagen en blanco y negro y el cuadrado del 1,33:1, el llamado formato académico, si bien en este caso aireando la claustrofobia comunista con un constante cruce de fronteras, clandestinas no pocas veces. Simultáneamente a la movilidad libertaria y el zarandeo policial de sus protagonistas, Pawlikowski plasma una Guerra Fría punteada por la música; un cuento dramático con bailables chispeantes y canciones tristes.

Las primeras, en 1949, son folklóricas. Las cantan campesinos rudos y ancianas de los pueblos de montaña para que una pareja de músicos ambulantes, Wiktor (Tomasz Kot) y su colega Irina (Agata Kulesza, en quien reencontramos a la extraordinaria actriz que encarnaba a la tía Wanda de *Ida*), las graben y conserven, aunque ellos realmente trabajan, pagados y vigilados por el gobierno, buscando intérpretes naturales, a ser posible jóvenes y rubios, con los que formar una agrupación de coros y danzas nacionalistas. En esa búsqueda

se produce el encuentro de Wiktor, que es también pianista y director de orquesta, y Zula (Joanna Kulig), la muchacha recién salida de la cárcel por apuñalar gravemente a su padre (“me tomé por mi madre, así que tuve que usar el cuchillo para mostrarle la diferencia”), hermosa, díscola, grácil bailando y de bella voz, a través de quien, en una peripecia de desplazamientos constantes, persecuciones, rupturas sentimentales y reencuentros apasionados, Pawlikowski condensa en quince años, hasta 1964, el marco estalinista del más duro periodo vivido tras el Telón de Acero, y a la vez rescata, según él mismo ha confesado, la historia —libremente adaptada— del amor a tropicónes ideológicos y artísticos de sus propios padres.

Cold war no tiene la oscura poesía mística de *Ida*, pero sí las virtudes formales de la astringencia, la elipsis fulgurante y la belleza que no necesita florituras, así como el libre albedrío de una narratividad que siempre persigue los diferentes lados de la verdad. Lo advertimos en los primeros minutos del filme, cuando, mandando parar la camioneta en que viajan los músicos con Kaczmarek, el comisario político del partido, este se apresura a vaciar su vejiga en un descampado donde descubre los restos de una iglesia, las arquerías sin techo, los muros rotos, los ojos semiborrados de una pintura sacra. Parecería que la escena y el paisaje elegido por el director tratan de señalar el fin de la religión impuesto por el nuevo régimen marxista en esa Polonia tradicional y tan acendradamente católica. Pero una vez que el esbirro acaba de orinar, continúa el trayecto y nos olvidamos de aquel lugar. Aunque la película es corta (ochenta minutos, más los títulos finales), todavía quedan muchas cosas por suceder: un largo periplo de vacilaciones y deseo por París, Berlín y otras capitales de la órbita soviética, donde la pareja se ama, se separa, se traiciona, con acompañamiento musical siempre: la lánguida canción francesa, los ritmos sincopados del jazz, el

rock 'n' roll de Bill Haley and his comets, el pastiche mexicano de *Bongo* defendido deliciosamente por Joanna Kulig, que fue cantante revelación en su país a los quince años, en 1998, todo ello en contraste con las piezas corales en loor del Partido y la colectivización agraria que Zula –aun indómita e impetuosa de carácter más amoldada al dogma comunista que Wiktor– se obliga a interpretar. La evolución de las músicas evoca el devenir de las emociones, si bien el director le revela a Jonathan Rommey en una reciente entrevista publicada en *Sight & Sound* que habiendo sido él un moderno desde la infancia, por influjo de la bohemia materno-paternal, y odiando la farfolla del folklore patriótico, hace poco, al asistir en su país natal a un concierto de canciones populares vernáculas, se sintió conmovido por la primaria autenticidad de esa música.

En el año que cierra la película, 1964, la pareja de enamorados parece dispuesta a abandonarlo todo, la felicidad incluso, a cambio de la libertad de moverse y amarse a su antojo, y su deambular les lleva al templo en ruinas del comienzo. ¿Qué hacen allí estos dos fugitivos? No queda claro, pero sí la postura de Zula, cuando, para sorpresa de Wiktor, se cambia de lugar en la carretera que bordea la iglesia derruida y lo explica así, animándole a seguirla: “Vamos al otro lado. La vista será mejor.” Es difícil saber qué vieron esos dos personajes dichosos y atribulados en el resto de sus vidas, que el filme no cuenta. Lo que sí sabemos los espectadores de dos obras maestras de la magnitud de *Ida* y *Cold war* es que el apátrida Pawlikowski, quien en el año 2007 decía que “[su] problema, en tanto que escritor y cineasta, ha sido desde siempre no poseer un jardín propio”, lo encontró en Polonia y en el florecimiento y las ramificaciones de su memoria familiar. —

VICENTE MOLINA FOIX es escritor. En 2017 publicó *El joven sin alma*. *Novela romántica* (Anagrama).

LITERATURA

Contra la autoficción



LAURA FREIXAS

Preveía un juego de palabras, una ocurrencia erudita de las que alimentan tesis y congresos hasta que pasan de moda, y sin embargo, *autoficción*, el neologismo inventado por el escritor francés Serge Doubrovsky en 1977, desató una formidable moda literaria. Quizá porque venía a resolver un dilema al que se estaban enfrentando las y los narradores, inclinados a usar la propia vida como materia prima, pero reacios a afrontar los peligros que comporta la autobiografía propiamente dicha.

Que la autobiografía ha ido ganando protagonismo a lo largo del siglo

XX está fuera de duda. ¿Por qué? Por varias causas: la “imposibilidad de inventar grandes tramas insólitas” –todas están inventadas ya– que señalaba Ortega en sus *Ideas sobre la novela* (1925); porque la quiebra de los “grandes relatos” nos empuja a refugiarnos en nuestra propia experiencia como única fuente fiable de verdad y sentido; porque en el siglo XX coinciden experiencias colectivas traumáticas con una masiva alfabetización... Pero ese recurso a lo vivido, que parece una solución, abre a su vez nuevos problemas. El de la memoria, tan vacilante y engañosa. El de la ética: ¿tiene derecho quien escribe a entregar al público esas vidas ajenas inevitablemente trenzadas con la propia? Incluso el judicial: en España (¿todavía?) no ha sucedido, pero sí, por ejemplo, en Francia, donde Camille Laurens le ganó un juicio a su exmarido, que la había denunciado por publicar un relato de su separación, pero Christine Angot tuvo que indemnizar con cuarenta mil euros a la exmujer de su actual compañero... Añádase a todo eso la desconfianza de la crí-



Pintura: La confesión, de Sandro Botticelli

tica, para quien el autobiógrafo carece de imaginación, y el dato de que las autobiografías no venden. El público quiere novelas, nada más que novelas, de modo que las unas, escritoras/es, escriben novelas, y los otros, editores/as, publican novelas... o si hace falta, unas y otros mienten y llaman "novela" a cualquier cosa.

Aquí entra la autoficción y entra Manuel Alberca. Catedrático de literatura española y autor, entre otros libros, de una biografía de Valle-Inclán que ganó el Premio Comillas en 2015, Alberca es junto con Anna Caballé el principal estudioso en España de la autobiografía y sus variantes. Y ha hecho de la autoficción su caballo de batalla.

Pero ya es hora de definir el término: ¿qué es la autoficción? Para empezar por el principio, Philippe Lejeune, en su clásico *Le pacte autobiographique*, define la autobiografía como el "relato que una persona real hace de su propia existencia". ¿Y qué diferencia hay entre eso y una novela en primera persona que relata una vida? En el texto, ninguna. La diferencia está... en la cubierta: si el nombre del autor coincide con el del narrador, hay una promesa implícita de veracidad (si "yo" es real, lo narrado es real); de lo contrario, se entiende que es ficción.

En la autoficción, esta promesa o pacto que la autora propone al lector es ambiguo. Mediante estrategias como que el narrador escriba "yo" pero no se dé un nombre, o que el relato tenga toda la apariencia de una autobiografía, incluida la coincidencia entre el nombre de la narradora y el de la autora, pero ponga "novela" en la cubierta, u otras, la autoficción se da cuando el autor no deja claro si lo que narra es verdad o ficción. Alberca espera que se trate solamente de "una enfermedad pasajera de la autobiografía", pues la autoficción le parece un recurso fácil para gozar de todas las ventajas de aquella sin asumir los riesgos y responsabilidades que conlleva; lo que en castizo se llama "tirar la piedra y esconder la mano".

Para quienes estamos interesadas en este tema, el ensayo de Manuel Alberca, *La máscara o la vida* (Pálido fuego), es apasionante, por la profundidad y compromiso con que lo afronta, tanto más notables cuanto que en España la crítica suele aplicar a la autoficción muy poco sentido crítico (algo paradójico pero habitual), y reaccionar ante la autobiografía con indiferencia, desdén o desconcierto. Él, en cambio, afronta cara a cara las principales autobiografías, novelas autobiográficas y autoficciones publicadas por autores españoles en castellano (sin incluir, qué pena, a casi ninguna autora) a lo largo del siglo xx. Con la autoridad de un experto y la exigencia de un ser humano que busca en la autobiografía una verdad humana, pasa por el cedazo a Umbral, Goytisolo, Caballero Bonald, Vicent, Marías... elogiando especialmente, con buen criterio (yo al menos lo comparto) las autobiografías de Castilla del Pino, Jesús Pardo y Terenci Moix.

Además de analizar autores, Manuel Alberca examina el tratamiento, en autobiografías, novelas autobiográficas y autoficciones, de algunos asuntos, concretamente tres: la Guerra Civil y el exilio; la religión (cuya casi total ausencia le sorprende) y la relación entre Barcelona y Madrid. El capítulo resultante es interesantísimo... pero esta lectora ha echado de menos otro tema: las relaciones entre sexos.

No le puedo reprochar a Manuel Alberca su silencio al respecto: no es más que la actitud habitual, masculina sobre todo (las mujeres, por la cuenta que nos trae, lo problematizamos más), de actuar como si todo lo relativo al sexo-género fuera eterno, inalterable, indiscutido. No se lo reprocho, pues, repito, pero le sugiero, para un futuro libro (este no es el primero que dedica a la autobiografía, y espero que no sea el último), que añada a su amplio instrumental crítico unas gafas violetas. —

Laura Freixas es escritora. En 2018 ha publicado *Todos llevan máscara. Diarios 1995-1996* (Errata naturae).

TECNOLOGÍA

Todo está en el aire



MARIANO GISTAIN

ay una "nube" que no se parece en nada a la que conocemos. Una nueva internet compuesta por nanochips invisibles al ojo humano,

aunque se especula con que algunos insectos pueden verlos.

La primera habilidad de estos procesadores microscópicos, cuyo tamaño linda con el átomo, es mantenerse siempre en su sitio. Si hace viento, lo aprovechan para producir energía y aguantar en su sitio: todo les alimenta.

La segunda habilidad es comunicarse entre ellos. Una vez esparcidos o sembrados desde un avión o flotas de drones los microchips forman una red que solo forzando la analogía se podría comparar con internet o con la rudimentaria internet de las cosas.

La tercera capacidad es captar toda la información disponible por medio de sus sensores. Esta información está siempre recombinándose, yendo y viniendo; no se almacena en servidores, está en el aire (es la auténtica "nube"): su propia tensión, la geometría viva de sus vínculos, la mantiene flotando entre el enjambre de chips. De alguna manera este sistema ha copiado el método del propio mundo, que se mantiene vibrando en doce números. Solo consume lo que produce, que es todo. El roce de un bit ya engendra un voltio. La info también es energía (si la sabes convertir).

La cuarta habilidad de cada *hotspot* es interpretar lo que siente. Un cerebro ínfimo, vinculado a todos los demás, es pura consciencia de sí y del mundo. La quinta le otorga la capacidad de reproducirse, pero solo en el



caso improbable de su propia muerte, que podría predecir con el tiempo justo para clonarse (y esta predicción *in extremis* sería la séptima habilidad).

Esta red pululante es privada, pertenece a alguien anónimo. Entre los iniciados se rumorea que la desarrollaron en Estados Unidos y que, al encarar la fabricación a otro país, los chinos y/o los rusos se quedaron con el prototipo y ahora han desplegado este nuevo mundo, que se superpone al habitual. Pero podría ser de otra manera, incluso al revés. En 2015 grandes compañías estadounidenses descubrieron que los chinos, al construir la placa base para sus equipos, habían insertado en el *hardware* procesadores espía más pequeños que la punta de un lápiz (Bloomberg.com, 4-10-2018: “Cómo China utilizó un pequeño chip para infiltrarse en las empresas estadounidenses”, Jordan Robertson y Michael Riley).

En teoría, la única forma de neutralizar uno de estos nodos flotantes sería aislarlo de sus compañeros en una cápsula hermética sellada al vacío. Pero el sistema, al detectar una ausencia, repone enseguida el elemento eliminado y abre un expediente

de crisis. Aunque se consideran indestructibles, a un micro podría caerle un rayo o cualquier otro accidente fortuito. La octava habilidad de estos entes sociales sería, obviamente, la autodestrucción. Si un nanochip se viera aislado de sus vecinos se suicidaría en el acto. No soportan la soledad.

Si es cierto que alguien ha desarrollado esta red que cubre y tal vez duplica el mundo y que otra potencia la ha usurpado, el primero habrá reaccionado. Esto explicaría esos intentos por capturar, aislar y analizar partículas, así como la creación y siembra de una red alternativa —según cómo se mire, sería la original— y la lucha a muerte entre ambas.

El mundo ordinario, ajeno a estas hiperrealidades, solo habría detectado los efectos más llamativos de la feroz pugna que, según esta hipótesis, se estaría desarrollando de forma invisible por todas partes y que podría explicar cierta crispación y polarización universal que se suele achacar a los bajos sueldos, mentiras apiladas, escasez de sexo/tiempo, etc.

Personas muy sensibles, tal vez poetas, o personas sin wifi, podrían

captar mensajes o rumores de esta red, chasquidos que serían imperceptibles para el resto de la población. Claro que en este momento esas personas sensibles sufren la hostilidad y la aceleración del mundo, lo que quizá no les permita reparar o detenerse a analizar estas fugas y, en ese sentido, la red estaría segura en su invisibilidad. Además, ¿quién les iba a hacer caso?

¿Para qué sirve esta malla inteligente y sostenible que envuelve el mundo? Es el poder en su estado más etéreo. El poder funciona mejor si es inapreciable. Te seduce sin que te des cuenta. De lo contrario, podrías rebelarte, rechazarlo o acatarlo sin entusiasmo. Esta red que permea el globo crea ambientes, exhala fragancias que pueden sedar o enfurecer a las criaturas, inyecta sensaciones o edulcora memes.

Además, los nodos tienen otra aptitud tan asombrosa que si no la hubiera visto en acción no la creería: se introducen en el cerebro de las personas y les injertan directamente ideas, frases, imágenes, canciones... Hasta la fecha todo han sido experimentos restringidos y variados (hay pruebas piloto que afectan a países enteros). Así, los habitantes de una región entera pueden recitar de repente la *Historia abreviada de la literatura portátil*, de Enrique Vila-Matas (que cumple 33 años de su publicación) y empiezan a comportarse como conjurados Shandys, máquinas solteras, etc.; otras demos consisten en que varios millones de personas empiezan a odiar a sus convecinos de repente, se cambian de equipo aunque gane, etc.

El supuesto enfrentamiento entre dos (o tres) tecnologías similares y rivales podría explicar la demora en la implementación definitiva del plan (aunque si ya estuviera activado no tendríamos forma de saberlo). También puede ser una excusa para tapar errores. O quizá es que no saben bien qué hacer. El caso es que todo está en el aire. —

MARIANO GISTAÍN es escritor y columnista. En 2017 publicó *Con Buñuel por Aragón* (DGA).

POLÍTICA

Otra historia



MIGUEL AGUILAR

na historia posible de España tiene un mojón fundamental a la altura de 1978. La aprobación en diciembre de ese año de la nueva constitución de-

mocrática marca un hito no solo para el país, sino para el arranque de la tercera ola democratizadora, que empezó en Madrid y Lisboa y recorrió buena parte de América Latina, Europa Oriental y el continente africano hasta perder su ímpetu a comienzos del siglo XXI. La construcción de una España nueva, que incluyera a los dos bandos de la Guerra Civil, empezó mucho antes, claro, el 1 de abril de 1956, con el famoso manifiesto de los estudiantes que empezaba precisamente así: “Nosotros, hijos de los vencedores y de los vencidos, en el aniversario del día fundacional de un nuevo régimen que no ha sido capaz de integrarnos en una tradición auténtica, de proyectarnos a un porvenir común, de reconciliarnos con España y con nosotros mismos [...] nos dirigimos a los estudiantes de toda España y a la opinión pública [...]”

Destaquemos apenas cuatro puntos: “nosotros”; “tradición auténtica”; “porvenir común”; “reconciliarnos”. Entre diciembre de 1978 y octubre de 1982, esos cuatro puntos parecían cumplidos. Había un “nosotros”, representado por el 88% de los votos favorables a la Constitución. Había una “tradición auténtica” y un “porvenir común”, que se encarnaban en el rechazo a cualquier explicación culturalista para el cainismo ibérico, la reivindicación de los periodos de concordia y progre-



so y el horizonte ambicioso de la entrada en las instituciones europeas y atlánticas y de conquistar los mismos derechos y libertades, y la prosperidad, que disfrutaban nuestros vecinos. Había un “reconciliarnos” difícil y trabajoso, que pasó, entre muchas otras cosas, por el harakiri de las cortes franquistas, la impresionante manifestación silenciosa tras la matanza de Atocha, la legalización del PCE y la capacidad de aguante del presidente Suárez y el vicepresidente Gutiérrez Mellado; y por el papel del rey el 23 de febrero de 1981. Y luego llegó el cambio de la mano de Felipe González y el arrollador triunfo de las elecciones de 1982 y de repente España era otra.

Todo es mentira, obviamente. España llevaba años siendo otra, co-

mo cualquier repaso a una serie de orlas de cualquier colegio tradicional en cualquier ciudad de España demuestra. Clases reducidas de apenas media docena de adolescentes envejecidos prematuramente en los cuarenta, que se expanden tímidamente en los cincuenta y que a partir de primeros de los sesenta abandonan paulatinamente el pelo cepillo, la americana y la corbata. A la altura de 1970, las fotos de graduación pueden ser de Valencia o de San Francisco.

Ese impulso, desde arriba y desde abajo, por construir un “porvenir común” tuvo un éxito descomunal. Pero como toda fórmula ganadora, acabó por gastarse. A finales de la década de los dos mil, personalidades y prácticas que no se habían sabido re-

novar seguían dominando la sociedad española. La crisis consiguiente, que no afectó solo a España, fue profunda, grave y duradera. Uno de sus resultados fue alentar una deriva locoide y desquiciada del nacionalismo catalán. Otro, generar un inasible deseo de volver a acariciar un proyecto compartido ilusionante. De ahí nace Podemos y en eso se convierte Ciudadanos. Esa voluntad regeneradora invadió a una porción mayoritaria de la sociedad española, y electoralmente incluyó también al PSOE y al sector más vivo de un PP perplejo ante la perplejidad de su líder. Ahí aparece el bucle de retroalimentación del independentismo, que para justificarse a sí mismo dibujó un fantoche como rival: España era un funcionario franquista con bigotito, un López Vázquez intolerante y soez que desprecia cuanto ignora.

El 8 de octubre de 2017 esas dos corrientes eclosionaron en las calles de Barcelona enarbolando *senyeras*, banderas españolas y europeas, al grito de “no somos fachas, somos españoles” y sobre todo “no estáis solos”, que para una parte sustancial de la sociedad catalana suponía un rescate milagroso del marasmo provocado el 6 y 7 de septiembre. ¿Se abrió allí una ventana de oportunidad para que de nuevo un 88% de la población apoyara un porvenir común, o al menos unas reglas compartidas para buscar un porvenir común? Varias generaciones de españoles se miraban en el retrato dibujado por el independentismo y no se

reconocían. Se tejieron alianzas y aparecieron apoyos insospechados. La sensación de acoso, de asedio, de peligro para todo lo conseguido unió a gente que no tenía nada que ver. Ese 8 de octubre, y el 29 del mismo mes de nuevo, se reunieron en las calles de Barcelona premios Nobel peruanos, ex primeros ministros franceses, profesores de universidad, antiguos altos cargos socialistas, falangistas democratizados, ciudadanos de a pie. ¿Se podía haber construido algo a partir de esos retales?

A lo mejor era todo mentira de nuevo y tiene razón quien ya descontaba los artículos melancólicos, y sabía que era todo maniobrista político. La moción de censura contra Rajoy volcó el tablero y obligó a repartir cartas de nuevo. Ya no se compartían trincheras, porque además el independentismo había perdido la partida, y sin enemigo enfrente la cohesión flaquea. Esa es una perspectiva convincente: es todo puro juego político, batallas por el poder. A pie de calle se ve distinto, y parece que hay grandes motivaciones y principios en juego, pero en el fondo es una gran pantomima y no hay ni impulso regenerador ni defensa de los valores fundamentales ni lucha por el bien absoluto —porque si lo descartas en los demás, tampoco puedes alardear de ellos—. Se trata solo de decidir quién manda.

Sin embargo, es bonito pensar que no es así; pensar con Gil de Biedma en otra historia distinta y menos triste; en otra España en don-

de ya no cuenten los demonios y que no termine mal. De ese momento tan especial del otoño pasado, esos días aciagos que vivimos con el corazón en la boca y una aterradora sensación de irrealidad, de estar en Sarajevo en 1990 o en Kigali en 1994, el tiempo que vivimos peligrosamente siendo conscientes de ello, de ahí han quedado libros como *La España de Abel*, que seis meses antes o seis meses después no hubiera sido posible. Han quedado retazos de conversaciones y desvelos en distintas redes sociales. Ha quedado el recuerdo imborrable de apoyos inesperados y alguna que otra decepción. Queda la conciencia de haber resistido una ola aparentemente imparable, muy bien organizada y muy bien financiada, que amenazaba con llevarse la democracia española por delante.

La angustia de esos días, el amenazador sonido de las caceroladas, los cuerpos armados con distinta legitimidad, las manifestaciones multitudinarias, la yesca presta a arder, un mensaje firme de quien lo podía emitir. Cualquiera que haya pasado por eso con un mínimo de conciencia sabe lo cerca que estuvo un potencial desastre. Hay muchas historias posibles, pero la que soslaye el peso y la solidez de haber pasado por eso juntos, como sociedad, estará mintiendo. La nuestra es otra historia. —

MIGUEL AGUILAR (Madrid, 1976) es director editorial de Debate y Taurus.

LETRAS LIBRES

La conversación ahora continúa en los móviles.

DISPONIBLE EN App Store

DISPONIBLE EN Google play